

EN EL X SALON DE OTOÑO

Salas de Rosales y Verdugo Landi.



BUSTO DE ROSALES, POR MATEO INURRIA

La Asociación de Pintores y Escultores destina casi todos los años una sala a exhibir obras de arte retrospectivo. Este año fué Rosales el artista elegido, refrescándose su recuerdo con la contemplación de una veintena de lienzos y dibujos.

Para cuantos conocemos la mayor parte de la obra de Eduardo Rosales, tal exhibición peca de incompleta, más que por el número, por lo escasamente representativa de su arte.

Eduardo Rosales fué el Manet español. Sus tintas planas, su sintetismo de dicción, coinciden en muchos puntos con la obra de Manet. Para reforzar esta impresión de pa-

recido, Rosales recuerda a Courbet en el retrato del violinista Pinelli. Manet también tuvo su momento—no muy breve—de realismo a lo Courbet.

Eduardo Rosales murió muy joven para desgracia de la pintura española. Fuerte y auténtico temperamento, no alcanzó a dar a su arte el desarrollo que era de esperar de su gran ímpetu de rebeldía, de una rebeldía guiada por extraordinario instinto artístico y por un cerebro que le impedía dar saltos en el vacío.

No obstante lo débilmente representado que aparece Rosales en esta Exposición, hay obras que bastan por sí solas para contarlos las excelencias del malogrado artista. El retrato de niña, propiedad del conde de Barbate, es obra encantadora de fineza y armonía cromática, un tanto avalorada por la áurea pátina del tiempo, gran suavizador de asperezas de toda índole... Quizá el tiempo, de suyo tan piadoso, haya colaborado también eficazmente en la obra cumbre de Rosales: en el maravilloso desnudo femenino que guarda el Museo de Arte Moderno. En esta obra a medio hacer para algunos, completamente terminada para nuestro íntimo gus-

to, Rosales alcanzó una gracia, una elegancia sintética, que quizá no tiene par en todo el arte español del siglo XIX, posterior a Goya.

La mayor desgracia que aquejó a Rosales fué desenvolver su vida artística dentro del ambiente artificioso y retórico de la pintura de historia. Ello equivalió a enjaularlo, privándole de los amplios movimientos necesarios a un temperamento como el suyo. Mas aún dentro de tal ambiente, ¡qué interpretaciones históricas las suyas!

La crítica de su tiempo no le fué favorable. Crítica de minucia, carecía de amplitud de criterio. El mismo D. Pedro Antonio de Alarcón, al juzgar la obra *El testamento de Isabel la Católica*, decía "que era discreta, como obra de un principiante bien dotado para el ejercicio de la pintura". No obstante, el público expresaba ante tal



ROSALES. RETRATO DE NIÑA, PROPIEDAD DEL CONDE DE BARBATE



ROSALES. RETRATO DE SEÑORA

obra una admiración equivalente a sufragio unánime, y el Jurado le otorgaba una primera medalla.

En la Exposición de París de 1867, el presidente del Jurado internacional decidía un empate entre Rosales y el italiano Ussi—a favor de éste—para la concesión de la Medalla de honor, por el cuadro *El testamento*, tan desdeñado por nuestros críticos de entonces. Cierta que alguno defendió a Rosales, mas hay ciertas defensas que no son otra cosa que grotescas incomprendiones: uno—Luis Alfonso—, con el retoricismo a caño libre de entonces, decía de tal cuadro, que "atesora la perfección en el dibujo de Alonso Cano, el potente claroscuro de Ribera, los paños de Zurbarán, la naturalidad de Velázquez y el tono caliente y delicado de Murillo"...

Los reparos que nuestra crítica puso al cuadro *La muerte de Lucrecia*, merecían detenidos comentarios. La obra sobrevive dig-